

## LA EXPERIENCIA FECUNDA Y LOS AJETREOS ESTERILES

Por LEOPOLDO CHIAPPO

*“O insensata cura de' mortali,  
quanto son difettivi silogismi  
quei che ti fanno in basso batter l'ali!  
Chi dietro a iura, e chi ad anforismi  
sen giva, e chi seguendo sacerdozio,  
e chi regnar per forza o per sofismi,  
e chi rubare, e chi civil negozio;  
e chi nel diletto de la carne involto  
s'affaticava e chi si dava a l'ozio,  
quando, da tutte queste cose sciolto,  
con Beatrice m'era suso in cielo  
cotanto gloriosamente accolto”.*  
Par.XI,1-12 [vulgata antica Petrocchi]

### RESUMEN

*Se trata de un desarrollo analítico-constructivo sobre el sentido psico-espiritual y existencial latente en un pasaje de la Comedia de Dante. Es un capítulo inédito y avance editorial de la obra del autor en tres volúmenes intitulada “La Existencia Humana” (Acerca de la Comedia de Dante), que consiste en una psicología diferencial de la existencia humana de los personajes y situaciones ilustrativos de la obra dantiana y que abarca el Infierno (Volumen I: “El Hombre Fracasado”) el Purgatorio (Volumen II: “Del Sufrimiento a la Libertad”) y el Paraíso (Volumen III: “Plenitud”). Son enfrentadas en líneas paralelas dos formas de nivel de vida espiritual de los hombres, según la **experiencia fecunda** o los **ajetreos estériles** en los siguientes dominios de la actividad humana: jurídico-judicial, medicina, religioso-sacerdotal, político según la manera de gobernar sea “por fuerza” o “por sofismas”, comercio y banca, sexualidad, ocio. Se presentan dos aproximaciones de interpretación del ser del hombre. La antropología heideggeriana que considera que la relación fundamental del hombre con el mundo, define el ser del hombre y está constituida por “sorgen”, “cura” (traducción de Gaos), “cuidado”, lo cual hace del ser del hombre un ser cuidado, ansioso, abrumado de afanes,*

*angustiado, lleno de preocupaciones. El autor considera que esto se configura a partir de lo que el texto de Dante llama "insensata cura dei mortali", lo cual abre la lista de los ajetreos estériles. El autor considera que hay otra forma posible y alternativa de vincular el ser del hombre con el mundo: la devoción a la tarea en cada dominio de actividad, sería la "sensata cura dei mortali", lo cual abre la lista de la experiencia fecunda en los diversos dominios de la actividad humana. Los ajetreos estériles consumen, la experiencia fecunda consume. En un caso es el abandono existencial, en el otro es la acogida gloriosa.*

PALABRAS-CLAVE: Dante, la Divina Comedia, experiencia fecunda, psicología dantesca.

Este maravilloso pasaje, puede ser visto desde la perspectiva espiritual que se abre gracias a una contrastada psicología diferencial de la existencia humana. Es que hay que revelar y discernir un nivel de plenitud de la existencia humana en función de la realización espiritual. Y así mismo contraponer sus múltiples frustraciones. Se puede ver así la calidad, nivel y sentido de la experiencia alcanzada por las personas. Hay un contraste de nivel existencial entre la unidad fecunda de la actividad gloriosa y los diferentes ajetreos estériles. El texto de DANTE nos da materia para encontrar tal discernimiento y base para construir una psicología básica y diferencial de la existencia humana. Hay un existir glorioso contrapuesto a las formas del existir negocioso. Se trata del discernimiento entre la libre y gloriosa actividad de plenitud y de las distintas formas de cura dependientes de una básica estructura de cura mundana a la que están compulsivamente ligadas, en cada caso, según sus diversos modos y contenidos.

La vida está orientada y dinamizada por el cuidado. Lo que HEIDEGGER llama "sorgen"<sup>2</sup>. Y aquí DANTE usa la palabra "cura", que es propiamente la que traduce "die Sorge". Es aquello que se da como cuidado y por lo cual se cuidan los seres humanos, aquello que señorea en nuestra

existencia o que la esclaviza y limita. Se trata de nuestros afanes. Me refiero al contenido de nuestra vida por el cual nos afanamos. Aquello hacia lo cual tenemos "cura" es lo que constituye el verdadero contenido y sentido de nuestra vida. Se trata de aquellas cosas por las cuales nos desvivimos, consumiéndonos en ajetreos o por el contrario vivimos consumiéndonos en el acto y en el fin del esfuerzo de esforzarnos. En el primer caso la "cura" es afán, desvío distelésico; en el segundo caso la "cura" es solicitud, voluntad, dirección telésica, porque plenifica nuestra existencia y la llena de sentido y de fundamento<sup>3</sup>. Es la diferencia entre cura insensata, la que arrastra al fracaso, y la cura sensata, la que conlleva planificación y lleva a plenitud. En todo caso, la cura es lo que abre el mundo de intereses del existente, la cura es el compás que diseña el horizonte de aquello que constituye y ubica al alcance de nuestros trajines los contenidos de las cosas que nos importa, a las que nos enajenamos, y es con afán, deseo, angustia y compulsión porque llena el vacío de la vida. La cura es así también lo que abaliza nuestro ser, lo que nos da el nivel espiritual logrado en la existencia. Hay sin embargo, una libertad de afanes, lo cual abre el espacio a la devoción. Es la diferencia entre la actividad gloriosa y los ajetreos mundanos. Para la cura intra-

mundana compulsiva y enajenante conviene la palabra afán, afanes. Para la cura gloriosa puede reservarse la palabra devoción. Es la experiencia gloriosa una libre experiencia de dedicación telésica. El ajeteo es distelésico.

DANTE, pues, exclama: "¡Oh insensata cura de los mortales!" Y esto es por lo defectivo de los razonamientos. Es el pensamiento que marra el objetivo. Es la tensión noética y espiritual que es hipotensa o distelésica<sup>4</sup>. La fuerza o la energía del pensar es débil, carente de tensión adecuada y por ello el pensamiento, la vida interior que lo acompaña, falla en llegar a la meta existencial de plenitud. Es el vuelo bajo de la mente y que, por ende, no da en la altura del blanco adecuado, superior (telos). O en el desvío, los silogismos defectivos es por error de dirección, es cuando la mente dirige el pensar a objetivos ilusorios, sustitutorios, engañosos y que siempre son más bajos que el fin superior. En un caso falla la energía a aplicarse, en el otro falla la dirección. Es la hipotensión noético-volitiva y la distesia noético-volitiva. Son dos estructuras fundamentales de la frustración de la existencia. Las alas del pensar por hipotensión o distesia hacen volar en niveles de bajura a la experiencia humana. La experiencia humana no vuela a los niveles de la altura psico-espiritual que requiere la plenitud de la existencia. Entonces decae la vida del hombre a la vida de los ajeteos, olvidando lo fundamental: la experiencia fecunda, la plenitud existencial. DANTE especifica las especies de decadencia, de lo que se llama "andar en ajeteos". Se incurre así en olvido de lo esencial de la existencia.

Se nos dice "Chi dietro a iura". Sí, hay quienes caen en el laberinto de las disputas judiciales, los expedientes, los pleitos, la fiebre procesal, la manía querellante. Son los sujetos obsesos del litigio. Se desviven y

afanan. Y encuentran siempre recursos, e inventan maneras de mantener vivo el rescoldo del ló judicial, soplan y soplan para hacerlo revivir, años. Se afanan y suspiran. Y son querellantes, siempre en el ajeteo procesal, siempre en el furor y el enajenamiento del alegato. No salen del laberinto. El monstruo que amenaza a los litigantes, el Minotauro del especioso y retorcido argumento legal o de la sentencia devoradora del derecho, en suma, del prevaricato, del soborno, de los caminos sin salida del recurso prohibido y de los argumentos sofisticos se los devora y los vomita una y otra vez para volvérselos a tragar y vomitar incesantemente. Se cae en un antro de injusticia, los argumentos legales para favorecer al poderoso que se beneficia en perjuicio del débil, los encubrimientos para engañar, la parcialización dolosa e hipócrita. Cuanto sufrimiento y argucias y artimañas, son los ajeteos del amañamiento unas veces descarado y prepotente, otras sinuoso y embozado. Ajeteos abogadiles y judiciales. Sí, ellos se ensucian entre sucios expedientes, polvorientos y que algún día humedecidos, amarillentos, verdosos, llenos de hongos y emanando tóxicas esporas serán pasto de roedores. Horas afanosas, actualidades febriles y todo ello será pasado, horas estériles, días infecundos. Lo que encendió ira y angustia, en los expedientes, será cenizas y olvido. Y todo ello en un mundo jurídico corrompido, contaminado de injusticia feroz. No hay fuerza icárica<sup>5</sup>, salida de vuelo que los salve. Prefieren volar bajo golpeándose la cabeza repetidamente en los callejones sin salida del proceso laberíntico. Es el ajeteo abogadil y judicial y de las trapacerías y embustes de los escribanos<sup>6</sup> y cartularios diversos que pertenece a la esfera de lo jurídico, *defectivamente*. Pues hay por el contrario un actuar glorioso en la esfera de lo jurídico, *perfectivamente*.

Debe discernirse el ajetreo jurídico como vuelo bajo, hipotelésico y desvío distelésico fundamental, del ejercicio sano de la vida jurídica con miras a la justicia, propio del abogado y del juez entregados al auténtico telos jurídico que lo hace fecundo en plenitud de existencia. Una cosa es el camino jurídico como camino de plenitud existencial y que se inspira y se nutre del amor a la justicia y otra cosa es el ajetreo tinterillesco, deformación cancerosa de lo jurídico. La fecundidad gozosa, la fruición deleitosa del ejercicio de la justicia viene de una raíz de sabiduría que nos vincula con el fondo metafísico divino de la existencia humana. Es el actuar desinteresado que tiene relucencia analógica con el brotar puro de la fuente divina. Se trata del ejercicio jurídico del abogado, del juez, del fiscal, del defensor. No es ajetreo estéril sino actividad fecunda, no es *cura* sino *devoción*. Y en esto, quehacer glorioso. Gloria, como manifestación resplandeciente del tesoro valioso (justicia y devoción en el ejercicio profesional).

Se nos dice “e chi [dietro] ad amforismi” [Petrocchi, secondo l’antica vulgata, otras versiones “aforismi”]. Sí, es la “cura” en la esfera de la medicina. Se trata de los ajetreos propios de la cura mundana de los médicos enredados en rivalidades y guerras, en opiniones contrapuestas y envidias, en querellas de doctrinas y disputas de pacientes. O, por otro lado, se trata de la cura gloriosa en la que en la esfera de la medicina se da la actividad perfectiva del cuidado de la salud, bien deseable para preservar la libertad de la mente y de la felicidad de los hombres en la alegría de la vida saludable. En la enfermedad la mente sufre un aherrojamiento de perspectiva, un estrechamiento de conciencia y de intereses sólo amarrados en el atrapamiento de la dolencia, de los síntomas y del dolor físico y el malestar propio de la carencia de salud. La búsqueda de la salud del enfermo tiene

un sentido de bienestar, felicidad y liberación. El cuidado de la salud que tiene el médico viene a ser por sus consecuencias: un cuidado por la redención de la conciencia respecto del abatimiento del cuerpo. En cambio en el círculo de la medicina puede darse el ajetreo que es movimiento defectivo en torno a los desencuentros y enfrentamientos del amor propio, de los contrarios amores propios, y a la dominación y colisión de egocentrismos sin perspectiva espiritual. Más grave aún, el dolo en el diagnóstico para sacar partido pecuniario, la operación quirúrgica innecesaria para lucrar viciosamente, uso del status médico para ejercer jactanciosamente dominación, mostrando desconsideración afectiva, frialdad, incluso hasta crueldad con el paciente o sus familiares. Desvivirse en las rivalidades gremiales y en las luchas y en los celos científicos de escuela, lo que resulta en verdaderas guerras médicas aunque se perjudiquen los pacientes, huelgas de salud sólo por lograr ganancias políticas de facción. Se está en la ciencia médica, en el mundo de los “anforismi”, no por el conocimiento científico y por causa de la salud sino por el negocio lucrativo, social o político. Esto es cura mundana, no devoción, ni menos nivel glorioso de la existencia humana. Es cuando el ejercicio profesional es triste, inglorioso. Es la pequeñez del espíritu y la esclavitud del alma y no la gloria, la libertad, la soltura de la perfección beatificante gracias al ejercicio de la actividad médica para adelanto y difusión científicos en beneficio y con miras sólo a la salud. En el círculo de la cura mundana en torno a los aforismos, forma mnemónica acuñada del saber médico desde la antigüedad, se puede dar la pedantería memorista y el detallismo interpretativo de tales sentencias aforísticas breves?. En una mentalidad ajetreísta, desprovista del noble desasimiento y de amor, la disputa sobre temas científicos y del saber médico es frecuente entre seres

no esclarecidos. Por eso la cura mundana se vuelve insensata, así como la cura gloriosa abre el camino a la sensatez. El "nobile cominciamento del canto"<sup>8</sup>, es decir el terceto inicial expresa la perspectiva espiritual en forma negativa: "O insensata cura de'mortali!"... Se puede enunciar en forma positiva, con miras a evidenciar tal perspectiva espiritual implícita en el texto dantiano, afirmando cómo en la sensata cura gloriosa de los hombres, cuan perfectivos razonamientos son los que los hacen batir en alto sus alas. Y por tanto hacer de la cura una acción fecunda, creadora, realizadora del valor intrínseco: la salud, por ejemplo. Y por ende sentir, secretamente, la semejanza con la fuente de salud. Es en el Uno eterno, gloriosamente acogido. No es lo mismo la cura mundana en el círculo de la medicina, chato, superficial, sin relieve espiritual, ajetreísta, que la cura gloriosa en la esfera de la medicina, elevada, en el valor de la salud. Es la transubstanciación de cura en devoción, de ajeteo en actividad, de las cuitas, preocupaciones y cuidados, en dedicación. Es que aunque muchas veces parezca cura, es devoción.

Se nos dice "e chi seguendo sacerdozio". Sí, se trata de la adulteración de la sagrada misión sacerdotal. Lejos de ser el santo dispensador de las gracias divinas, el sacerdote se vuelve un burócrata de lo sagrado, un *modus vivendi* no una misión. Y también puede ser un medio el sacerdocio para alcanzar poder y con el poder usufructuar privilegiadamente los bienes, las consideraciones y las riquezas de la sociedad. El uso ajetreístico del sacerdocio es en sí mismo un sacrilegio. La búsqueda y goce del status como empleo sacerdotal es la forma más abyecta de la hipocresía, la falsificación de lo más alto usado como disfraz de lo más bajo, el arribismo egoísta. El sacerdocio no puede ser instrumento del defectivo silogismo: el disfraz de glorioso

administrador de los bienes divinos, el amor, el saber, la santidad, el consuelo, el sacramento, es un buen medio para encubrir y adornar subidamente un mezquino interés lucrativo, un empleo que se ejerce rutinariamente por comodidad. ¡A qué extremos de vileza hipócrita lleva el ajetreísmo del sacerdocio! Es la gran insensatez. Sin embargo, desde una perspectiva gloriosa la misión del sacerdote es sublime: y es por el santo que se instala, en la oscura selva salvaje del mundo humano deteriorado, un claro, un jardín de flores y plantas, un lugar soleado. Y es allí adonde pueden acudir en busca de luz y sosiego, en torno a la sombra iluminada por el Logos eterno que es el sacerdote, los animales humanos aherrojados por las luchas y adversidades. El santo irradia la gloria de Dios e inaugura el luminoso centro de lo sagrado en el mundo profano, material. Propone la gran sensatez, la devoción gloriosa. Es lo que aleja del fracaso existencial inconducente y contraproducente del insensato y sus cuidados. El santo es el claro de sensatez en la selva insensata.

Se nos dice "e chi regnar per forza, o per sofismi". Sí, se trata de los ajeteos vinculados a la política y al poder político. La cura política se manifiesta como ajeteo cuando el logro y la conservación del poder político está vinculado, atrapado, en la voluntad de imposición dominadora arbitraria o en los modos solapados o descarados de los pseudo-fundamentos jurídicos del poder usurpado, ilegítimo, fraudulentamente obtenido o por obtener o prolongar. Se dan así leyes ad hoc para prolongar ilegítimamente el poder. Es lo que Dante llama "governar per sofismi". Entonces el discurso político pierde autenticidad, diálogo, tolerancia y sobre todo objetividad y la lucha decae en el mero apetito y en la desembozada ambición. Estamos así no en la política ilustrada sino en un nivel biológico primitivo y crudo de abierta lucha

agresivo-defensiva por la dominación prepotente. La ética social de la política se degrada y corrompe. Cínicamente, todo vale. Es la desvergüenza jactanciosa. Es la maña que trivializa los principios y las leyes. En el conflicto de ambiciones encontradas se enciende la inescrupulosa voluntad de lograr el poder, competir por el poder con violencia y malas artes y retenerlo abusivamente, sea ejerciendo la fuerza, sea valiéndose de sofismas, falsos razonamientos, engañosos. La brutalidad de la fuerza, la amenaza, el uso cruel o astuto del poder con fines de sometimiento e intimidación del adversario o de seducción interesada del pueblo desinformado, la maña y el amañamiento de los recursos pseudo-políticos son los ejes, -fuerza y sofisma-, en los que gira corruptivamente el ajetreo político corruptor en la sociedad.

Es que el poder se ha vuelto fin en sí mismo y móvil absoluto. Los hombres, así, han tergiversado el sentido de la política: ha dejado de ser instrumental, 'medio para'. Es la lascivia del poder. El uso pervertido del poder: no como medio de realizar bienes, insuflado por el amor, tanto a los valores superiores o diversos que pueden realizarse con el poder, justicia, elevación humana de la sociedad, prosperidad y trabajo, ocupación y bienestar. El *hipércrata anárquico*, que usa de un excesivo y abusivo poder sin principios, arbitrariamente o basado en falsos principios, forma hipócrita o cínica de no tenerlos, tiene codicia posesiva por el poder, experimentado como móvil exclusivo o para beneficiarse directa o indirectamente de alguna manera. Pero la perversión consiste en que siendo el poder un instrumento de servicio se deforme en artefacto socio-psíquico de auto-promoción ilegítima y delictiva.

La política debe basarse en el amor, no en el poder. En el nivel paradisíaco de la

existencia humana, nivel de realización y de plenitud, en el cual la existencia humana en el tiempo cobra suprema calidad y auténtica motivación y grandeza, la política es la forma por la cual el amor quiere usar el poder como instrumento para la realización del bien en la sociedad de los hombres, su bienestar y justicia plena.

Pero los hombres no regenerados, movidos por motivaciones vitales sin dimensión espiritual, los hombres vulgares buscan la política para beneficiarse y beneficiar a sus amigos, no para el bien común. Es la política como "cura insensata de los miserables mortales". La formulación espiritual y ética de la política en un nivel paradisíaco es la tarea de los conductores de la sociedad. Pero en un medio corrupto tal formulación sublime suena irónica o resulta ser mirada como utópica, idealista, romántica, en suma irrealizable. La cura mundana traza el diseño de una política deformada como si fuese así y tuviese que siempre ser así la praxis política: ajetreo de astutos y predio de la mente vulgar. Es la concepción ajetreística del poder y de los asuntos políticos. Tanto es así que en cuanto se da una maniobra hábil para derrumbar al enemigo político se suele celebrar como un diestro manejo. Se dice entonces es un buen político, sabe. "Se trata de no ser tonto", la política es el quehacer y ajetreo del político, es decir, de quien tiene el arte inescrupuloso de lograr el poder y mantenerse en el poder sin reparar en los medios. Es la derrota del adversario la medida de la eficacia. No se trata de la política gloriosa, la política por el bien común y por la justicia y la prosperidad, sino de la política sórdida de aquellos que se desviven en el círculo chato donde señorean "quienes se fatigan en reinar por la fuerza o por sofismas". No se trata de la política gloriosa que hace mover a los hombres en la esfera del poder en la cual se da la dimensión tercera, la vertical, la del espíritu.

Pero no sólo el poder se da como poder político. Hay otros poderes paralelos que tienen igual o mayor significación, dignidad e influencia que el poder político. Me refiero al poder social y al poder económico, separados o juntos. Hay también el poder espiritual, el poder intelectual y el poder religioso institucional. Todo poder, como valor instrumental, está al servicio de un bien. Mientras suceda así, como bien auténtico, no sofisticado, los mencionados poderes no políticos no pueden ser materia de ajetreos. Y si cumplen su fin son por su actividad propia, en su medida y en su nivel, poderes gloriosos y permiten un grado de bienaventuranza en sus agentes y de placer sublime en el gozo de sus depositarios, es decir, el gozo de la oración, del dinero, del prestigio, de la ciencia, etc. Y así el poder espiritual que vierte al hombre hacia lo divino; el poder intelectual que ejerce el pensamiento en torno al saber, a la ciencia, al arte, el sentido, la belleza, la verdad; el poder social que permite el gozo de la alta cortesía y amistad y la influencia benéfica sobre el pueblo en ética y buenos hábitos; el poder económico que impulsa la productividad y la ocupación. Pero empieza el ajeteo de los poderes allí donde y cuando incumplen su objeto propio que es la realización del bien valioso que les incumbe, respectivamente. El poder espiritual se vuelve ajeteo en las discusiones doctrinarias de grupos institucionales encontrados y que quieren tener el monopolio de la verdad y de la rectitud, negándose a otros grupos institucionales con ojeriza y soberbia, por ejemplo en las diversas escuelas de espiritualidad del budismo, del judaísmo, del islamismo y del cristianismo; el poder religioso institucionalizado en el ajeteo de los pronunciamientos e imposiciones de los estamentos y jerarquías eclesiásticas de carácter dogmático y con pretensión de moralizadores o de legisladores reglamentistas de moral y buenas

costumbres, allí se movilizan las sospechas, delaciones, murmuraciones, acusaciones y condenaciones de las santas inquisiciones; el poder intelectual cuando decae en el ajeteo de los celos y rivalidades, de las luchas o discusiones pasionales en las discrepancias de los filósofos, de los artistas, literatos, poetas, pintores, escultores, arquitectos, actores, cineastas, los conflictos que se encienden en las competencias de prioridades y monopolios de ideas y descubrimientos, suerte de sublimificación de la envidia, lo cual fácilmente se descompone en chismes, murmuraciones y difamaciones; el poder económico cuando cae en el ajeteo de la especulación, la explotación y la usura<sup>10</sup>.

Se nos dice "e chi rubare...s'affaticava" Sí, el ajeteo fatigante, trabajoso, de robar, de quitar a otro por fuerza o por ardid el fruto de su trabajo o los medios para trabajar. Es el ladrón. Ajeteo estéril, inglorioso. Suele presentarse el robo, en ambiente social corrupto, con sorprendente carácter de normalidad y hasta de beneficioso aprovechamiento justificado. Sí, robar sobre todo la hacienda pública, la riqueza de todos. Sí, riqueza de todos ergo de nadie, mostrenca, apoderable para cualquier astuto que se la sepa agenciar. Es el robo como ajeteo que en algunos países tiene solidez de institución. Se venden públicamente los bienes robados o son tratados con deferencia funcionarios insignes, intocables, grandes ladrones de la hacienda pública. La alternativa gloriosa, opuesta al robo, es el trabajo<sup>11</sup>.

Se nos dice "e chi civil negozio..." Sí, el ajeteo fatigante del mercader ávido de ganancia. Y también de los afanes de la compra y de la venta, los vaivenes de los precios, la tensión de las deudas y de las acreencias. Se trata de la cura como dependencia adicta al quehacer ajetreístico de las relaciones civiles, de los contactos y

contratos sociales obsesivos, sin espiritualidad. Y especialmente sin conciencia de que hay una beatitud por encima del ajetreo, una bienaventuranza en el fondo del corazón. Sí, cuando el corazón está tranquilo, abierto, disponible y no cerrado en la agitación sin tregua y excluyente y absoluta por el negocio. Es que el "civil negozio" puede y debe ser una forma positiva y constructiva de las relaciones humanas dentro de la sociedad. Sólo así permite el intercambio fructuoso no sólo de bienes materiales sino incluso de bienes espirituales y culturales. Pero cuando el "civil negozio" se vuelve cura que lleva al ajetreo, entonces no deja espacio para la respiración espiritual y la persona queda cercada, rodeada, obsedida, lo cual lleva a la asfixia y a la muerte espirituales. Es la codicia y el afán ajetreísta o obseso del negociante. Es el "stress" del hombre de negocios. El ruido del vivir negocioso ensordece y la voz de la espiritualidad libre y su belleza, inaudita.

Se nos dice "chi nel diletto de la carne involto, / s'affaticava". El deleite erótico, los placeres sensuales, la vida sexual forman parte de la gloria del cuerpo. Se manifiesta así una gran bienaventuranza del paraíso terrenal accesible a los hombres en esta vida. El placer de la mujer para el hombre y el placer del hombre para la mujer son gracias divinas que repelen toda reprobación represiva. No hay ni debe haber conflicto ni contradicción entre una alta vida espiritual, incluso mística y en contacto con Dios, y la experiencia rica y amorosa de la vida erótica. El "castratismo" no es condición de vida espiritual superior<sup>12</sup>. El "castratismo" es manifestación de odio a la vida, síntoma, más bien, de rencorosa y resentida frustración sexual. La abstención sexual voluntaria y requerida libremente en cada caso por el sujeto es otra cosa, aceptable y comprensible. Nadie puede ser obligado en uno y otro sentido,

es cuestión de opción voluntaria y libre según convenga a la experiencia espiritual y mística de cada cual. No se puede imponer la abstención sexual ni la actividad sexual forzosa. Eros requiere espontaneidad fresca y libre.

Cuando se da un *modus vivendi* que implica una cura excluyente y exclusiva, fatigante, a la actividad sexual, promiscua, avasalladora entonces estamos en el círculo del ajetreo estéril, en el que la vida erótica pierde gloria, se vuelve ingloriosa, sórdida y deprimente. Es el "play boy", el sibarita, la manfa sardanápálica<sup>13</sup>. No es la fiesta de la vida el erotismo glorioso, el orgasmo, no una suerte de éxtasis del cuerpo, sino trivialización del sexo, rutina que lleva al tedio, aprovechamiento codicioso de oportunidades, fatiga. El sexo como sport frívolo. Y ello mezclado cuando no con la codicia sí con la soberbia: es el donjuanismo, la "femme fatal". El sexo como "performance", motivo de jactancia e instrumento de dominio y halago de la vanidad. No se trata de la floración dulce e intensa del placer, sino de obcecación que obsede al enfermo de amor pasional<sup>14</sup>. Y en esa fatiga hipereróticoactiva sucumbe toda espiritualidad y elevación de la vida. La existencia humana naufraga en el sufrimiento o en el tedio. Es la diferencia que hay que discernir entre el tormento erótico, la barbarie del sexo y el sexo como cultura.

Se nos dice "e chi si dava al ozio". El ocio como cura es un estado de vacío existencial, una condición humana defectiva, situación triste y miserable de carencia de proyecto espiritual. El sujeto se deja vivir, va reaccionando movido por presentaciones momentáneas circunstanciales. El sujeto depende de los estímulos externos. Su pensamiento y conducta no son el desarrollo de un propósito interno, rico y autónomo. Es estar



derelicto<sup>15</sup>. En verdad se trata de una derelicción existencial. Desde este fenómeno genérico y radical de derelicción existencial emergen como hongos y esporas en una habitación deshabitada, como saprofitos que pululan en el cuerpo del derelicto devorándolo, como manifestación y especies la desidia, el olvido de sí mismo como abandono al azar de las circunstancias, el vivir a la deriva, las diversas maneras de la negligencia y de la irresponsabilidad, la pereza y falta de plan y de proyecto, carencia de ideales. Se trata de vidas sin sentido, carentes de necesidad de planteárselo. Es un estado crónico de pasividad y de búsqueda y encuentro de sustitutos de vida: diversiones paliativas, el juego, vicios, adicciones, pasatiempos. Se trata de matar el tiempo, de asesinar la vida del tiempo, un cronicidio. El tiempo: el más bello regalo de Dios, despreciado. Es el gran desaire, del que el hombre es capaz.

Y los tercetos de la cura de los insensatos mortales, enredados en falsos razonamientos, tan defectivos que las alas que les ha sido dadas para volar en las altas alturas de la existencia humana de plenitud y bienaventuranza son usadas para batirlas, aletearlas en bajos menesteres que rebajan la existencia humana y

empobrecen la vida, esos terribles tercetos de la insensatez culminan en la plenitud contrastante de la soltura de todas esas empequeñecedoras cuitas de la necedad humana y la acogida gloriosa en lo alto de la bienaventuranza de la existencia. Recordemos las palabras:

*"quando, da tutte queste cose sciolto,  
con Beatrice m'era suso in cielo  
cotanto gloriosamente accolto".*  
Par. XI, 10-12<sup>16</sup>

La soltura de las curas insensatas. Es el comienzo esencial de la libertad existencial. Y tal soltura sublime de las cuitas insensatas viene a constituir la morada de la bienaventuranza. En esa morada se aloja la beatitud de la experiencia de la vida superior. Es el ser uno acogido por Beatriz, personificación de la bienaventuranza, la beatificadora, "beatrice". Y este sublime ser acogido consiste en resplandecer abiertamente desde un escondido tesoro interior: la luminosa y brotante fuente de vida que es el *Bien-ser*. De allí se irradia en nosotros la sublime contemplación y el bien-hacer y de allí se aleja la cura y el ajeteo y se instala la auténtica actividad humana. Es la plenitud. Es el nivel paradisíaco de la existencia humana. En el mundo y en la vida eterna, también<sup>17</sup>.